

DESPUES DE MANILA

Por **EDUARDO HARO TEGLEN**

LUGAZ y clandestina, la visita de Johnson al Vietnam no ofrece ningún parecido con las de un César a los soldados de su lejana vanguardia. Es apenas un remedo. Johnson, vestido con un traje campero de vago color militar —los jefes civiles de naciones en guerra tienen siempre nostalgia de uniforme: Roosevelt lo resolvía con una extraña capa, Churchill con los más variados disfraces—, ha cumplido velozmente los ritos precisos. Ha probado el rancho de la tropa, ha repartido generosamente «purplehearts» —corazones púrpura— a los soldados heridos, ha condecorado a algunos oficiales —entre ellos al general Westmoreland— y, antes de partir en su avión presidencial —un «Boeing» matriculado «Air Force 1»—, ha pronunciado las palabras clásicas: «Os prometo que jamás os abandonaremos». La base de Cam Ranh es una de las seguras del país. No se ha escuchado un disparo desde hace un año. La mantienen unos diez mil militares y trabajan en ella cerca de 3.800 obreros que están construyendo, al amparo de una enorme bahía natural, lo que debe ser uno de los puertos más importantes de Asia. Se encarga de ello una compañía privada, la R. M. K. (Raymond Morris y Knudsen), que ha firmado un contrato con el Pentágono por valor de más de cien millones de dólares, dato que puede ayudar a comprender la importancia y el peso del capital privado en la continuación de la guerra del Vietnam.

Estos minutos de Johnson en el Vietnam son más bien deprimentes. Dejan sensación de inseguridad, de prisa, de compromiso. Pretenden ser un símbolo. En estos casos, en estas circunstancias, cuando los símbolos no son enteramente claros, resultan contraproducentes. No es posible que para los soldados



Soldados, con rifles «M-14» al hombro, sirvieron la comida a Johnson en su visita-sorpresa a Cam Ranh.

de primera fila, para los aviadores, para los que se enfrentan cada día con el terrorismo en Saigón, esta exhalación con el rostro de Johnson sea satisfactoria. Ciertamente la vida del Presidente de los Estados Unidos tiene una importancia primordial. Pero a veces los políticos que tienen en sus manos el rayo de la guerra, que disponen de las vidas de los demás, tienen la penosa obligación de dar la sensación de que ellos mismos se exponen al peligro.

De todas formas, el salto Manila-Vietnam-Manila era lo menos importante en este viaje del jefe del Ejecutivo de los Estados Unidos. Se trataba de un simple episodio. El viaje tenía un carácter considerado como histórico: la conferencia de Manila. Es de temer que esta conferencia quede también en un simple episodio. Dicen que U Thant se ha negado desdeñosamente a comentarla, considerándola como «platónica» en el sentido que comúnmente se da a esta expresión: es decir, que no será refrendada por ninguna clase de hechos. La conferencia de Manila ha tenido, en general, mala prensa. Para los soviéticos supone que «bajo el manto de frases hipócritas sobre la paz, acaba de franquearse un nuevo paso en la continuación de la guerra colonialista que el imperialismo americano dirige en Indochina» («Pravda») y es «un trampolín para una nueva etapa de agresión americana» («Izvestia»). Esta rápida reacción de la prensa soviética —que muchas veces es más lenta para comentar— puede significar que las tentativas de Estados Unidos para que la URSS sirva de mediadora en el conflicto están lejos de madurar. En el mundo que llamamos occidental, los comentarios han sido naturalmente menos enérgicos, pero en ningún caso optimistas. El «New York Times» escribe en un edito-

rial: «Los objetivos y las aspiraciones del comunicado publicado al terminar la conferencia son admirables. Pero, ¿puede esta declaración contribuir de una manera significativa a la paz en Vietnam y en Asia del Sudeste? La respuesta es «no» y termina diciendo que «nada impide a los Estados Unidos tomar las medidas que juzguen necesarias en el sentido de la guerra o la paz: continuar la táctica presente, realizar una nueva escalada o, lo que consideramos la vía más inteligente, un gesto unilateral hacia la paz iniciado desde la posición de fuerza americana, mediante la detención de los bombardeos del Vietnam del Norte». Para el «Guardian» británico, las seguridades de retirada de las tropas americanas seis meses después que lo hayan hecho los vietnamitas del Norte y que las fuerzas guerrilleras hayan cesado sus hostilidades no son suficientes para provocar una conferencia de paz, aunque pueden servir para dar ánimos a los mediadores. «Existen serias razones de pensar —dice—, que el Presidente, en contra de sus generales, está convencido de que esta guerra es de esas que nadie puede ganar y que, incluso si lo fuese, las pérdidas morales y materiales no valen la pena». El «Guardian» cree que «Ho Chi Minh, a fin de cuentas, podría constituir para su pueblo un dirigente que no resultaría peor que Tito... y, al igual que él, inevitable». En París, «Le Figaro» estima que Johnson había partido para Manila sin ilusiones sobre las posibilidades de la conferencia: «no puede, por lo tanto, estar decepcionado de los resultados obtenidos». Para la agencia France Presse, «La conferencia no aporta ningún elemento de solución». «Calmar a los más belicosos de los países comprometidos junto a los Estados Unidos, intentar dar algunas satis-

SIGUE

Dos razones sencillas para hacer cine este otoño.



Esta.



Y ésta.

La primera razón, su familia. La segunda es la nueva cinecámara Kodak Instamatic.

Su familia ya habrá hecho que en muchos momentos Vd. haya pensado: "Me gustaría tener una cámara de cine". La nueva cinecámara Kodak Instamatic es la respuesta a su deseo.

Aunque Vd. nunca haya manejado una cámara de cine, podrá dominar una Kodak Instamatic en dos minutos.

Kodak ha suprimido todas las complicaciones técnicas del cine, creando un sistema completamente nuevo. Nuevas cámaras, nuevos proyectores y hasta un tipo de película notablemente nueva llamada Super 8. Kodak ha conseguido que

filmar sea hoy más fácil que nunca. Y mucho mejor.

Podríamos entrar en detalles técnicos acerca de cómo el sistema Instamatic ha simplificado el cine amateur, y por qué éste ha mejorado visiblemente, pero en atención a la sencillez no lo haremos. Únicamente le diremos cómo se carga una cámara de cine Kodak Instamatic. Abra la cámara, coloque un cargador de película Super 8. Cierre la cámara y... filme! Un niño podría hacerlo. De hecho, muchos lo hacen. Vd. sólo tiene que preocuparse de escoger el motivo de su película. Si le gusta la idea, decídase. Y no piense que esto es sólo para millonarios. Hay cámaras de cine Kodak Instamatic desde 3.999 Ptas.

y proyectores desde 4.999 Ptas. En una palabra, si Vd. ha pensado, aunque sea remotamente, hacer cine este otoño, visite a su proveedor Kodak y vea el nuevo equipo Kodak Instamatic de cine. Será una revelación si lo hace.

Hágalo. ¡Y cuanto antes mejor!



Kodak Instamatic... hace maravillosamente fácil hacer cine.

DESPUES DE MANILA



La Policía tuvo que proteger el coche del Presidente de los Estados Unidos, en su recorrido por las calles de Melbourne. Las muestras de la pintura roja y verde, arrojada sobre el automóvil, son bien visibles.

facciones de forma a aquellos a quienes inquieta la prolongación de un conflicto sangriento cuyo fin no se ve y, mediante el anuncio de una gran carta del Pacífico, impresionar al elector americano que acudirá a las urnas el ocho de noviembre, tales habrán sido los escasos objetivos de la conferencia de Manila, que ha terminado sin aportar el menor elemento que pueda inclinar a Hanoi a la negociación».

En resumen, todo parece indicar que se trata de un acto fallido. Parece que el Presidente Johnson experimenta dificultades insuperables cuando trata de transformar su gran talento de político habilidoso, de político profesional —pasillos del Senado, manejo de grupos, suma de influencias, conquista de votos— en el servicio de la gran política que requiere su misión, en el «gran designio» de que su país se cree investido como consecuencia de una situación de poder que jamás otra nación alcanzó en la Historia. Probablemente la conferencia de Manila es una organización que tiene todos los rasgos de la pequeña política, de la política de apariencia y no de realidad. Se trata de crear la noción de una «conferencia de naciones asiáticas y del Pacífico» cuando, en realidad, los pueblos representados no suponen siquiera el 6 por 100 de la población asiática; se trata de mostrar que los Estados Unidos no están solos en su combate, cuando los otros países —a excepción, naturalmente, del Vietnam del Sur— tienen apenas un puñado de hombres en los frentes y luchan con las armas americanas; se trata de mostrar una unidad de objetivos,

cuando se sabe que hay una profunda división en la manera de ver la guerra por parte de cada uno de los gobiernos representados, y que los pueblos mismos están divididos. Lo recordaba el «*Manila Times*»: «La unidad realizada en Manila no refleja necesariamente los sentimientos de los pueblos interesados, sino solamente los de sus dirigentes, y ha dado una nueva dimensión a las hostilidades. Parece que la línea dura, representada particularmente por el Vietnam del Sur, Corea del Sur y el general Westmoreland, comandante en jefe en el Vietnam, ha prevalecido». Quizá esta conferencia de objetivos pequeños, de pequeña política, se pierda en la noche de las «reuniones históricas» preparadas por Johnson en lo que va de año, que amargamente le recordaba hace unos días «*Newsweek*» (24 de octubre): la declaración de Honolulu, del 8 de febrero, en la que se prometía una revolución social para el Vietnam, la convocatoria del 15 de abril para una «cumbre» panamericana que debía reforzar la «Alianza para el progreso», el «*new deal*» para Africa revelado el 26 de mayo... Y se pueden añadir las elecciones de Vietnam del Sur, que debían ser un paso definitivo, de las que salió un gobierno en el que hay que sujetar a los ministros a la fuerza para que no dimitan y una Asamblea constituyente que no puede constituir.

El punto de tragedia al que se ha llegado en esta situación consiste en que no hay una política capaz de canalizar las soluciones posibles, y la situación se desarrolla por sí sola. Los datos militares siguen siendo los mismos. El Pentágono mantiene que la «infil-

tración» de combatientes de Vietnam del Norte al Sur no varía, y la evalúa en 5.000 soldados al mes. Supone que hay más pérdidas entre los vietnamitas, pero que no constituye un factor suficiente para hacerles abandonar la lucha. Oficialmente se dice que el terrorismo en Saigón y otras capitales crece. Los militares americanos desearían la llegada de una nueva división, que reforzase el delta del Mekong. Westmoreland dice que necesita más refuerzos. Se ha señalado la presencia de fuerzas guerrilleras equivalentes a tres divisiones en la zona desmilitarizada, que pueden desplomarse sobre las bases americanas en cualquier momento. Pero parece que Washington no está dispuesto a continuar el envío de soldados hasta que no se celebren las elecciones legislativas.

Hay una grave contradicción entre la necesidad de llevar adelante la guerra y la de dar la sensación a los electores, a los reticentes aliados, a las Naciones Unidas, al tercer mundo, que se trata de conseguir la paz. Es una de las muchas contradicciones aparecidas en la política americana desde la muerte de Kennedy y que tienen como base esencial una mala apreciación política de una serie de elementos: la fuerza real del enemigo en potencia, su consistencia moral, el deseo del mundo de beneficiarse de una era de paz, el temor de la opinión pública de verse envuelto en una guerra mayor y la escasa posibilidad del pueblo americano para comprender la necesidad de este combate desafortunado y lejano que no defiende ni la zona geográfica de los Estados Unidos, ni sus mercados, ni su libertad.